

el perro, el ratón el gato...



semanario
de las niñas.

25

los chicos los bi-
chos, las muñecas

HE COMPRADO
ESTA CUERDA TAN
LARGA PORQUE ESTA
NOCHE VOY A ROBAR
A ESE TRESPELITO



YA TE CACÉ BONITO.
AHORA VOY A ECHAR UN
SUENCITO Y MAÑANA TE
VENDÉRE A UN TITIRITERO
PARA QUE TE ENSEÑE ADAR
SAITOS MORTALES.



YO SOY LA
CANASTERA...

el perro trespelos



...DE CAPU
CHINOS...



Y ME COMO LAS
PIÑAS QUE HAYEN
LOS PINOS...



BUENO
HOMBRE, YA
ME CANSE YO DE
TANTA CUERDECITA...



YO SOY LA
CANASTERA...

MAMÁ

40
cts

MIHURA



LOS VUELOS DEL PRÍNCIPE PP



Preciosa vista de pájaro hace falta para ver al detalle todo cuanto está ocurriendo ahí. El Príncipe Pp lo vió desde su aeroplano, y los lectores no deben perderse ninguna figura. A todos les pasa algo pintoresco. No se me olvidará ése que pasaba por detrás del tiro al blanco, y recibe un flechazo donde yo sé. También es pintoresca la escuela de los pequeños pieles rojas, con sus pajaritas de papel y sus orejas de burro. ¿Y los perros que persiguen al ciclista? ¿Y el que saluda quitándose la pluma como si fuera un hongo? Todo, todo es pintoresco. (Foto. Sama.)

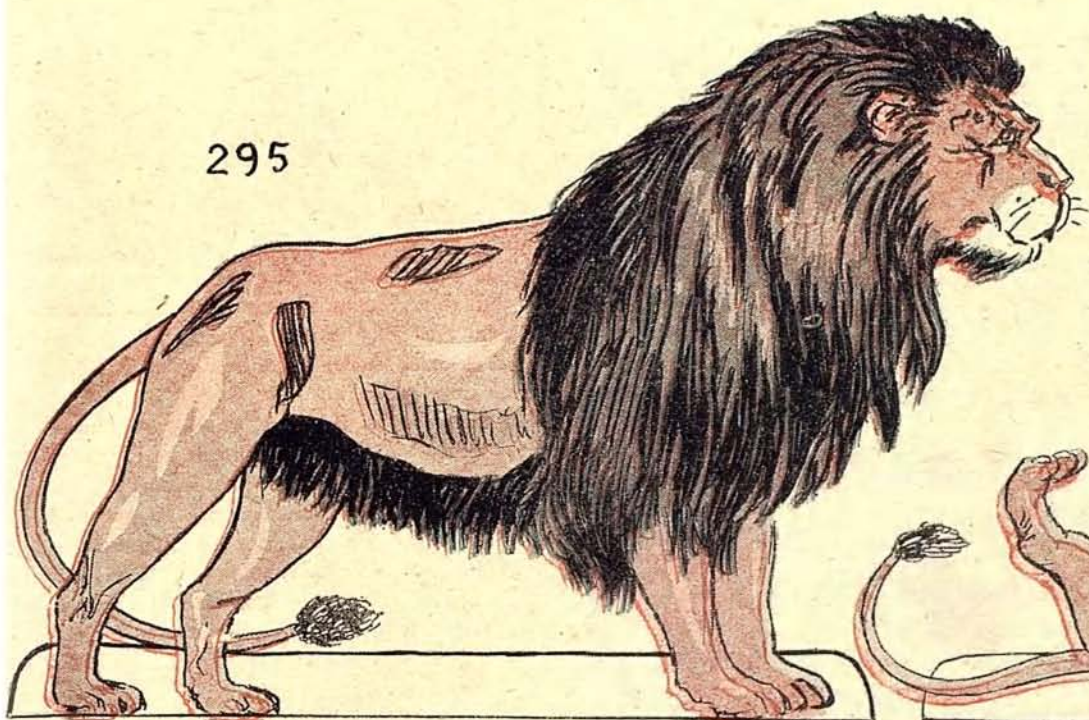
**el perro,
el ratón y
el gato...**

Ayuntamiento de Madrid

Todos los animales de Villacaballos de Cartón

(VEASE AL DORSO)

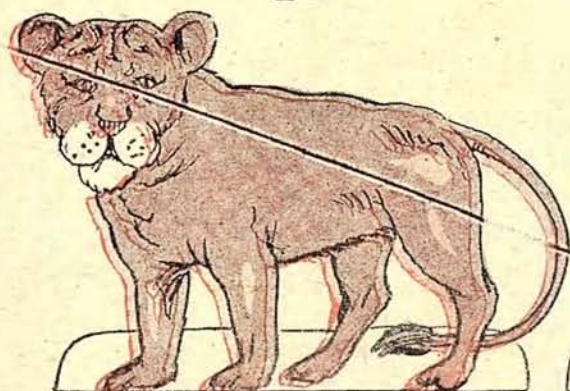
295



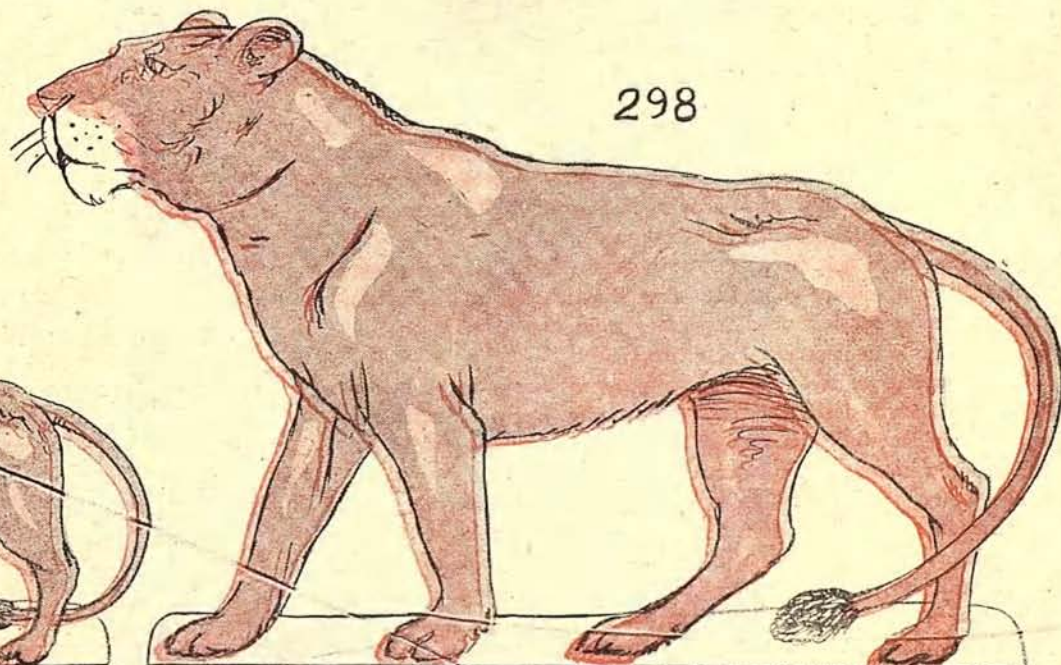
296



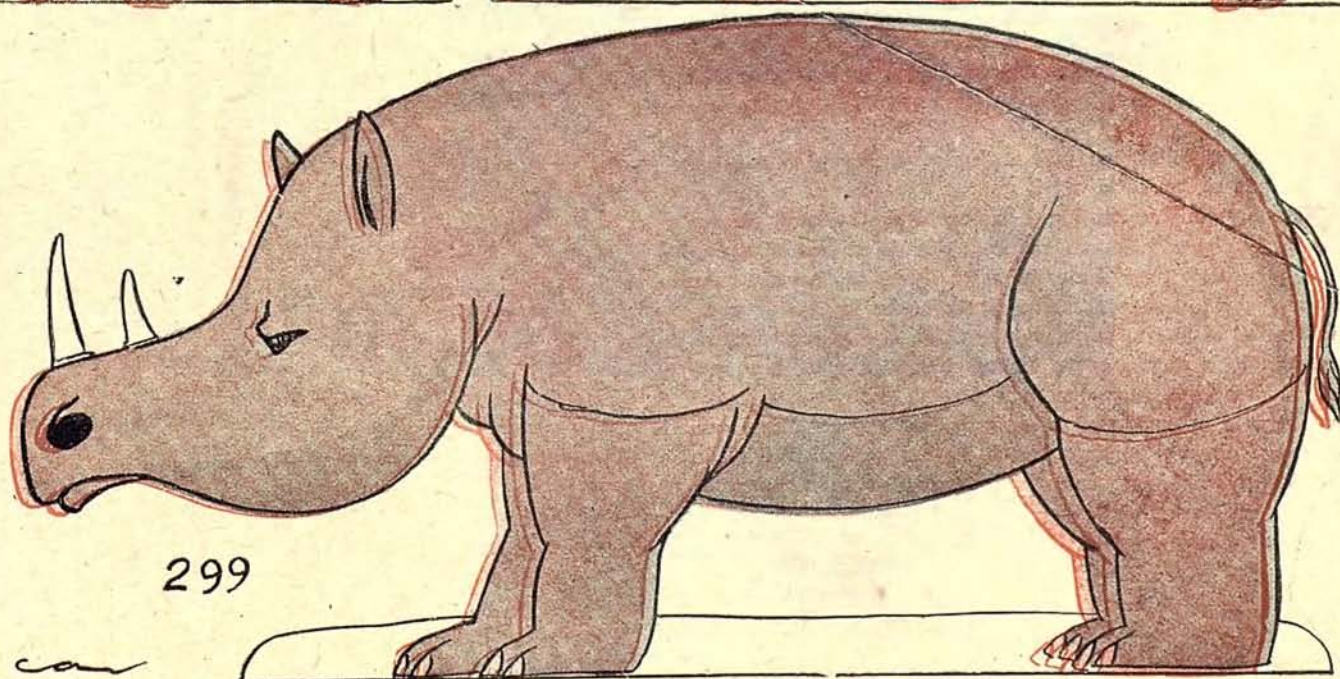
297



298



299



el perro
el ratón y
el gato...

Todos los animales de Villacaballos de Carfón

Segundo pliego de los animales de la Casa de Fieras: 295. El león Fantasma, que si en un terremoto se le echara encima un rascacielos, lucharía con él sin miedo.—296 y 297. Cachorrillos de león, Cantares y Sopas, que con lo que más disfrutaban es echándoles balones de fútbol a la jaula.—298. La leona Coliflor, que a un niño que echó un cohete en la jaula de los hijos le llegó a alcanzar la gorra de marinero y se la destrozó de ira. ¡Ay, si le coge la cabeza!—299 El rinoceronte Charlátán, muy silencioso, en el que salió montado el conserje un día en que había carreras de cintas a caballo en Villa-ídem. (Dibujos de Oscar.)

CARTA DEL LEÓN

Señor don Cacerolo Reptil.

Señor Sabio, o lo que seas: Recibo tu carta, y he estado por no contestarte. Si lo hago, es sólo porque me ha hecho gracia tu osadía. ¿Mira que dirigirse a su majestad el león un pobre hombre? Es para matarte.

Pero, en fin, te perdono, y hasta te contesto. Pero que no vuelva a suceder.

Soy el rey de las fieras. Aunque algunos me llaman el rey del desierto o de las selvas, no vivo en ninguno de los dos sitios; siempre en bosquecillo abierto, donde pueda uno tumbarse en una piedra al sol tranquilamente.

Soy el rey de las fieras; pero bien sabe el hombre, cuando es paisano mío, que si se encuentra leones en su camino, de día, no tiene más que gritar muy animoso: "¡Soy Fulano de Tal, y voy a pasar! No me das miedo. ¡Vete de mi paso!..." o cosa por el estilo. Y, en efecto: los leones nos quitamos lentamente sin huir, pero dejándole el paso libre.

De noche es otra cosa. Rugimos de cara al suelo, y el rugido tiene así mayor resonancia. Tiembla la tierra a nuestra voz... Y después salimos a la caza, escondiéndonos como gatos grandes, en busca de una res; y de pronto damos el salto, y nos prendemos por delante, hasta matarla.

Las cebras suelen ser nuestras víctimas; y si llegamos hasta los poblados, robamos bueyes, que arrastramos muertos hasta alejarlos. Pero si no hay otra cosa, nos comemos los ratoncillos más inocentes de la campiña; ese soy yo.

Con el hombre nos metemos pocas veces. Es un ser que asusta, por las pocas ocasiones en que se le ve. Pero cuando mis compañeros han tenido ocasión de zamparse alguno han vuelto por más, hasta que les han dado un buen tiro.

Hace unos doce años los leones vivíamos hasta en el Rif de Marruecos, cerca del Estrecho de Gibraltar. Pero en cuanto se huele la civilización salimos emigrados hacia la tranquilidad. La civilización es inquietud, y no nos gusta.

Los leones y las leonas ya sabes en lo que nos diferenciamos: en la melena. La melena de los leones es, como la cola de los pavos reales, para los machos. Sin embargo, esa melena de los leones de jaula no la tenemos tan larga los salvajes. Se conoce que la maleza nos la despunta y no nos deja ese lujo de melena de poeta que tienen los de las Casas de Fieras.

Hasta tal punto soy el símbolo de la fiera, que los antiguos valientes se ponían una piel de león. Claro que eso hizo también cierto asno para que se le respetara, con lo que tuvo atemorizada a la comarca, hasta que se le vió una oreja; y entonces ¡qué grandes palos se llevó!

También algunos hombres van así, muy vestiditos de caballeros..., hasta que se les ve la oreja.

En cierta ocasión me pasó una anécdota sentimental. Estaba yo tumbado a la puerta de una caverna, cuando un ratón atrevidillo pasó por allí y quedó bajo mi garra. Me pidió perdón muy compungido, y se lo concedí... Mas cierta noche iba yo de caza, y caí en una red dispuesta por el hombre. Me oyó gemir el ratón, y vino corriendo a roer con sus dientes menudos y su gran paciencia la red maldita, hasta que pude escapar. Eso es gratitud.

Claro que esto mismo lo hizo, según la historia, un amigo mío con un esclavo de hace muchos siglos. Este se encontró al león herido en la montaña, y le curó. Y ordenado por el Emperador que se cazaran leones y se les soltaran a los esclavos se encontraron los dos amigos y lamió con cariño el león a su curandero.

Yo, el Rey León.

CARTA DEL RINOCERONTE

Señor don Cacerolo Reptil.

Distinguido sabio: Sabiendo que desea usted tener alguna noti-

cia de mi familia, tengo mucho gusto en remitirle cuanto yo sepa.

Empezaré con un golpe de sabio: pertenezco a la familia de los perisodáctilos, y me distinguen por el gran tamaño y pesadas formas y por tener uno o dos cuernos encima del hocico. Mi piel no está cubierta de pelo y es muy gruesa. Algunas veces está plegada de tal modo, que parezco cubierto con las diversas piezas de una armadura o de un gran puzzle.

En África existen dos especies distintas, que los cazadores denominan "rinoceronte negro" y "blanco", sin que se haya llegado a explicar el motivo de esta denominación, pues ambas clases son de un color negruzco. La principal diferencia está en que el rinoceronte llamado negro tiene el labio superior largo, puntiagudo y movable, como una pequeña trompa, mientras que en el llamado blanco el labio es corto y ancho. Esta diferencia es origen de su distinta alimentación. El primero come hojas y brotes que arranca con su labio picudo, mientras el segundo paca la hierba del suelo tranquilamente.

El negro alcanza una talla de metro y medio. Su cuerno anterior tiene a veces cerca de un metro, que ya es tener. ¡Menuda navaja, señor Cacerolo!

Esta especie morena (como yo la llamo), es la que dicen que ataca al hombre y a algunos animales cuando los divisa de lejos por el olfato, o los ve.

En cambio, mi pariente el blanco es mucho más pacífico, a pesar de ser bastante más grande, llegando a dos metros el tío. Se conocen cuernos de esta especie que miden ¡más de metro y medio! Pasta de noche en las llanuras y pasa el día dormido a la sombra de un árbol. Su carne es comestible. Viven en la región de los Grandes Lagos, protegidos por leyes especiales que tratan de evitar su desaparición, lo cual está muy bien pensado, sí, señor.

Otro caballero rinoceronte es el Badak o de Sumatra, que tiene la piel con fuertes pliegues, pero no tanto como el de la India; hay esparcidos por todo su cuerpo pelos cerdosos pardos, más abundantes en la nuca y lados del vientre, más largos en los bordes de las orejas y la punta de la cola.

Mi familia parece que vivió en la época diluvial en Europa y Norte de Asia, y se han encontrado en Siberia cadáveres con piel encerrados en el hielo.

De mis sentidos, el más desarrollado es el del oído, y después el olfato, y soy capaz, como el toro, de enfurecerme por la vista de colores chillones. ¡Menuda corrida íbamos a celebrar en Villacaballos con Chin y Bely por presidentas!...

En fin, señor: que usted se divierta.

Román Rinoceronte



Respetable público infantil: No se os olvide que hay concurso de preguntas ingeniosas, ni se os olvide comprar el Almanaque de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO.

No se os olvide enviar hoy mismo un dibujo que contenga una persona, un animal y un mueble, porque os entregaremos para ello un cupón especial en las planas del centro.

Pero lo más importante es que no se os olvide comprar el próximo número de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, que contiene un paisaje recortable con futbolistas, que va a llamaros poderosamente la atención.

Carloto sufre una aventura con el avestruz más grande de la Tierra.

También publica un cuento precioso, que se titula "El maestro bondadoso—y los dolores del oso".

Os advertimos que en la parte encuadernable se está publicando un precioso cuento de Andersen.

Y no teniendo más que deciros, os lame las manos

TRESPÉLOS

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Este ejemplar pertenece a

El Ratón Bombón

A mí no se me olvida aquella
historieta que vi, en la que el pe-
rro Trespelos ponía un globo en
lugar de un queso, y el ratón se
llevó un susto imponente al echar

XXV.—El truco para comer que- so de bola

los dientes y hacerlo estallar. Pensando en eso, una vez hice una combinación para
comerme un queso en una semana, en casa de los condes de Peliculilla.

Los condes tenían dos niñas gemelas, que poseían muñecas, coches, cocinitas y
una pelota de goma, del tamaño y del color de un queso de bola, y metida en su red.

En cambio, en la despensa había un soberbio queso rojo, que estaba diciendo
"comerme", aunque no creo que me lo dijera a mí.

Por aquella casa no había más que tres ratones llamados *Lunes*, *Miércoles* y
Viernes, que sufrían persecución del amo y criados. Era la casa contigua a la que
refería en mi capítulo anterior.

Y veréis lo que hice para buscar la tranquilidad: rodamos el queso hasta el
cuarto de los juguetes, una noche en que todos dormían.

Luego descolgamos la red de la pelota, que estaba enganchada en un boliche del
armario de muñecas, y vaciamos la red, para meter en ella el queso.

Y no pusimos la pelota en la despensa, no fueran a meterle el cuchillo y nota-
ran el cambio. Mejor era que advirtieran la desaparición y se aguantaran. Lo que hici-
mos con la pelotita roja fué tirarla desde la ventana a un señor con hongo, que dió
voces, pero nada más.

Hubiéramos querido colgar la red en su sitio, pero pesaba mucho para nosotros.
La dejamos allí como si se hubiera caído...

En efecto; la criada fué la que se encargó de colgarla, y desde entonces, *Lunes*,
Miércoles, *Viernes* y yo, que casi soy un *Domingo* por lo divertido, ya sabíamos nues-
tra obligación de todas las noches; nos subíamos al armario, descendíamos por la red,
y comíamos del queso por un agujerito que daba frente al techo, para que nadie lo
viera.

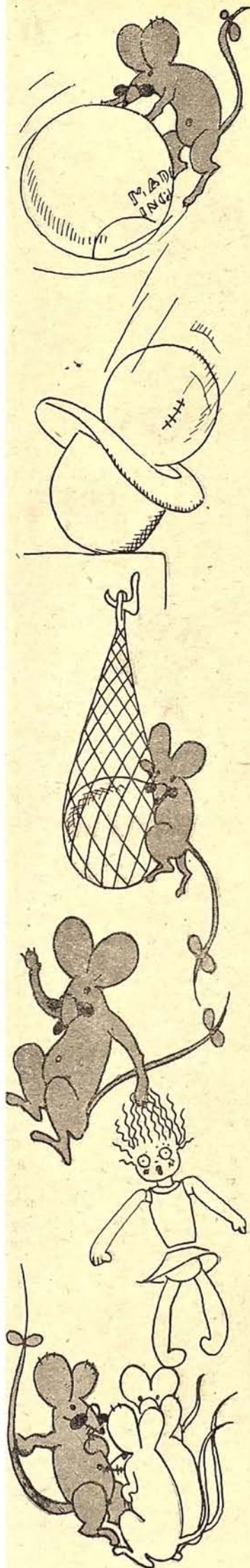
Luego, con las tripillas bien llenas, jugábamos un rato con las cocinitas y con las
muñecas. Una de ellas era mi mujer, y yo iba de visita en casa de *Miércoles*, que vivía
con otra cocina y otras muñecas en otro rincón del cuarto.

Claro que, para ir de visita, tenía que llevar a mi esposa a la rastra, prendida
con mis dientes de su pelo rubio.

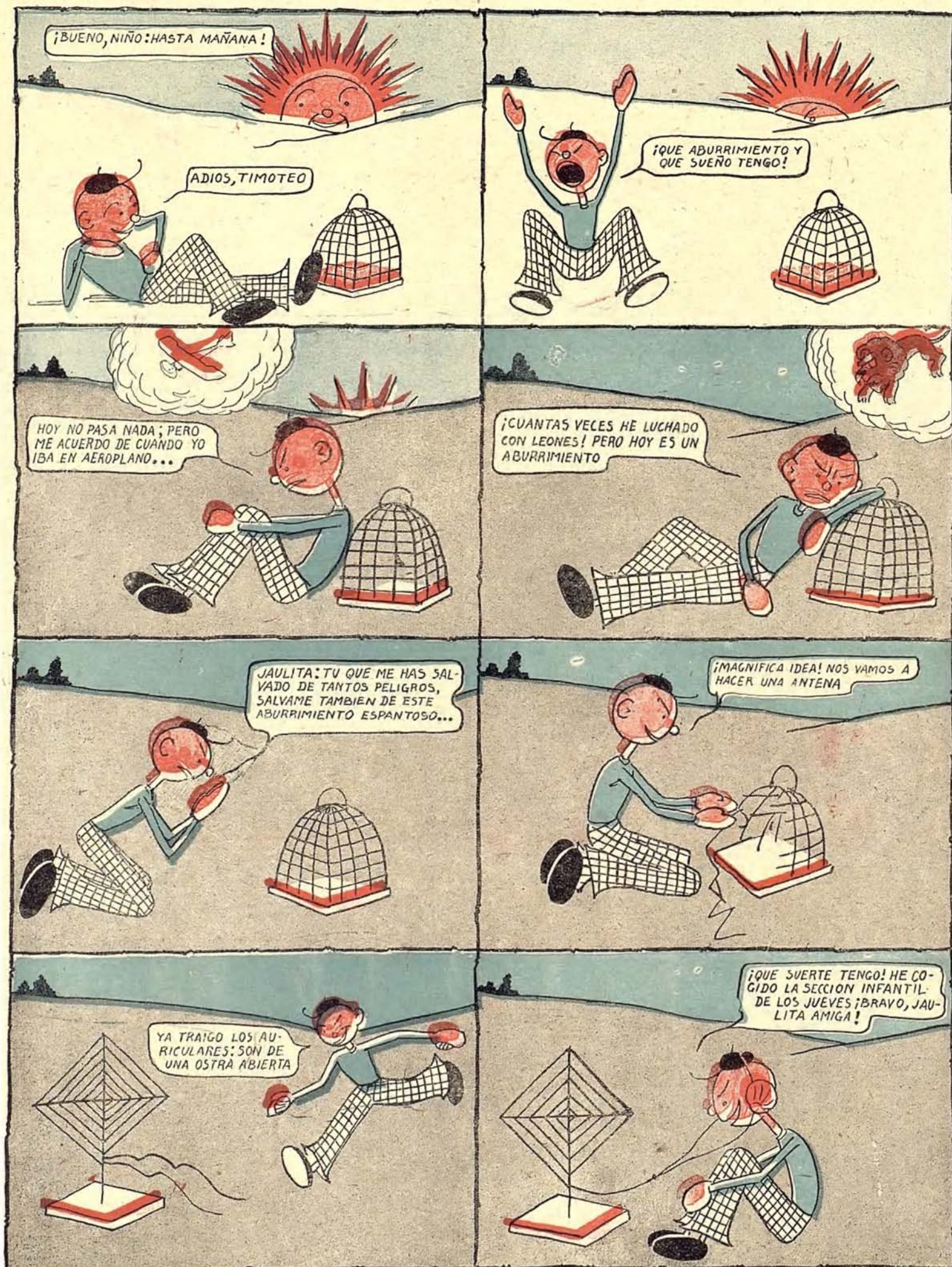
Un día echaron los condes de Peliculilla a todos sus criados, porque había notado
la falta del queso. El cambio no lo notaban, porque a las niñas gemelas las había
dado estos días por jugar con un *pin-pon*, y no tocaban para nada la red de la pelotita roja.

Mas ya estaba casi hueco el queso, cuando un día las chiquillas lo descolgaron
y descubrieron el truco.

En seguida los condes mandaron recado a sus criados para pedirles perdón, y
yo me marché de la casa. Me crucé con ellos en la escalera. ¡Qué brinco pegué!



El Niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la Tierra



ROBLES-OSCAR

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

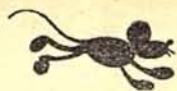
LOS SUEÑOS DEL PATO FELIPE

HISTORIETA TERCERA



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



El de las preguntas



Don Pedrito Junco del Amo, caballero español, de trece años, ha sido interrogado por mí respecto de sus preferencias, gustos, etc., etc.

—Tú, ¿qué quisieras ser?

—Naturalista.

—¿Como el *Naturalista* de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO?

—Sí, señor. Yo quisiera saber todo, todo lo que

se refiere a los bichos, a las mariposas, a los elefantes, a las ostras y a todos.

—¿Y si no tuvieras estudios?

—Sería lo mismo. Lo estudiaría sin libros, sentándome en una piedra a ver lo que hacen las hormigas o viendo cómo hacen las cigüeñas el nido en la torre.

—Me parece que esa ha sido una de las contestaciones más bonitas que me han hecho. Otra cosa: ¿qué animal te gusta más?

Véase la lámina en color de la última plana.



—Me gustan mucho todos; pero las abejas me entusiasman por sus costumbres.

—¿Te ha pasado alguna vez algo notable con un animal?

—Sí, señor; yo he tenido un burrito y he llegado a educarle de manera que le echaba azúcar y la cogía en el aire; y le decía que se hiciera el muerto... y lo hacía divinamente. ¡Una risa con él!...

—¿Tienes algún juguete al que tengas mucho cariño?

—A la colección de mariposeros que tengo: uno negro para la noche, otro azul para el día y otro gris para los días nublados.

—¿Te han dado algún susto?

—Un día en que, con mis aficiones, cogí un alacrán y me picó... Luego resultó que tiene menos veneno del que yo creía.

—¿En qué te gastarías las 1.000 pesetas de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO?

—En animales disecados.

El de las preguntas.

—Jacinto se ha caído del caballo y se ha quedado medio tonto.

—¿Qué buena suerte ha tenido!

—¿A eso le llamas suerte?

—Ya lo creo. ¿No sabes que antes de caerse era tonto del todo?

El teniente.—¿Cómo es que ha faltado usted a la lista?

El quinto.—Mi teniente: es que no conozco la capital, y me he perdido.

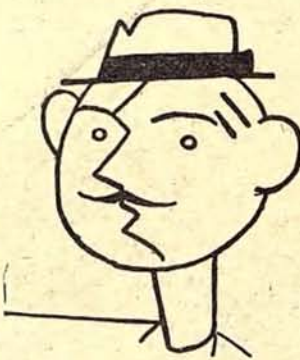
El teniente.—Pues al calabozo hasta que aprenda usted a andar por todas las calles.

—Me parece que a Roberto le va a saltar una liebre a la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—Porque como se piensa poco en su cerebro, y donde menos se piensa salta la liebre...

El pollo guinda



El fútbol apasiona a chicos y a grandes en estos días. Ahora resulta que la escapatoria del delantero centro del Real Madrid, que ha embarcado para América, sin decir una palabra, ha ocasionado grandes discusiones, y hasta parece que pueden llevar este asunto a los Tribunales.

Ya véis, amigos míos, a lo que ha llegado el

fútbol. Los jugadores tienen sus compromisos que cumplir, no solamente como hombres que deben cumplir su palabra, sino como contratantes, puesto que firman un contrato.

Antes, en España, el fútbol era casi como unos cuantos chicos que echan a pies para jugar un partido, y el que tenía que irse a las cinco cogía la gorra, que estaba haciendo de portería, y se largaba. Pero ahora, ya lo véis: Rubio, el delantero del Madrid, ha tenido que salir sin decir nada, porque tal vez le hubieran detenido si no, por marcharse sin el cumplimiento del contrato.

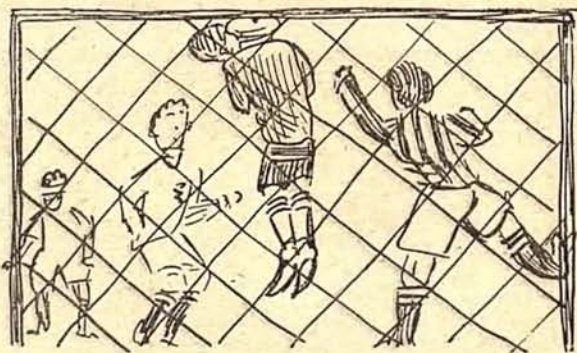
¿Qué va a hacer ahora el Madrid, sin Zamora, que no acaba de estar bien de su lesión, y sin Rubio, que se le ha escapado, no se sabe a qué, aunque es de suponer que a jugar unos partidos? ¡Habrà que leer el gran semanario deportivo *¡Áupa!*, que en su último número trae una caricatura con una jaula vacía. "Un pájaro de cuenta", lo titula. Se trata, claro está, de Rubio. Y dice que se ha dejado la jaula abierta, como diciendo que volverá.

Al Real Madrid le faltan dos jugadores.

Y a propósito; dice *¡Áupa!* tan claras las cosas, que le ha visitado una Comisión de árbitros para quejarse de los términos empleados al juzgar su labor... ¡Pobres árbitros, cómo los ponen! Claro que algunas veces se lo merecen, porque conocen las maneras de favorecer a unos y a otros con cierto disimulo. Lo que pasa es que ya son muy pocos, si los hay, que hagan esas cosas.

¿Qué va a hacer ahora el Madrid sin sus jugadores? Por lo pronto, el domingo venció difícilmente (1-0) al Racing.

Veremos lo que pasa. EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO



no es partidario de ninguna región, ni dentro de Madrid, de ningún equipo. Sólo desearía que todos nuestros lectores pudieran triunfar con los preferidos de cada uno.

Pero eso es imposible.

El pollo guinda.

—Oye, mamá: gracias a mí, los dulces que había en el aparador se los ha comido un niño que iba muerto de hambre. No me regañarás, ¿verdad?

—No, rico. Así se hace. ¿Y quién era ese desgraciado niño?

—Yo, mamá.

el perro,
el ratón y
el gato...

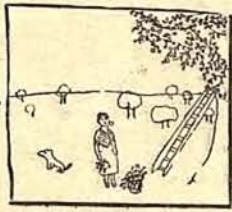
Ayuntamiento de Madrid

La persona, el animal y el mueble

LA OBRA DE ARTE DE NUESTROS LECTORCITOS.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el cesto: 1.ª Cada uno de los dibujos vendrá acompañado de un CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTÍMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta muy NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre y señas.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: “EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid.” Entre los niños artistas que publiquen sus dibujos desde el número 17 hasta el número 30, se sortearán 12 de las preciosísimas estampas originales que Alonso nos envía para las páginas de atrás, llamadas de las “Preguntas”. Además, a los que publiquen los dibujos más graciosos y mejores se les premiará como se indica en otra parte.



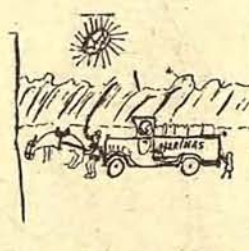
571.—Manuel Martínez.
Lorca (Murcia).



572.—Elenita Sánchez Gómez.
Segovia.



573.—Manuel García.
Sevilla.



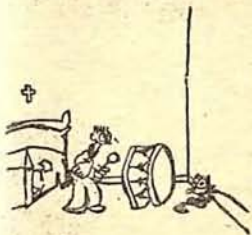
574.—Tomás Martínez.
Lorca (Murcia).



575.—Lolita Sánchez.
Cartagena (Murcia).



576.—José Luis G. Tello.
Madrid.



577.—Antonio San Martín.
Sevilla.



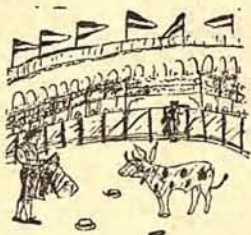
578.—César Mendoza.
Arroyo del Puercio (Cáceres).



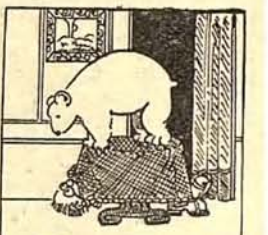
578 bis.—Ofelia Santonja.
Madrid.



579.—José Luis Gómez Tello.
Madrid.



580.—Manuel Martínez.
Lorca (Murcia).



581.—Montserrat Francés.
Barcelona.



582.—Pepita Francés.
Barcelona.



583.—Carlos María Alvear.
Villa del Río (Córdoba).



584.—Fernando Moraleja.
Barcelona.



585.—Miguel Ángel Alvear.
Villa del Río (Córdoba).



586.—Jaime Alvear.
Villa del Río (Córdoba).



587.—Sebastián Alvear.
Villa del Río (Córdoba).



588.—Sarita Viñegla.
Madrid.



589.—Carmen Córdoba.
Córdoba.



590.—María Dasy Alvear.
Pola de Siero (Asturias).



591.—Manuel Martínez.
Lorca (Murcia).



592.—José Luis Gómez Tello.
Madrid.



593.—Pepita Francés.
Barcelona.



594.—Sebastián Alvear.
Villa del Río (Córdoba).



595.—Mariano Domínguez.
Madrid.



596.—Montserrat Francés.
Barcelona.



597.—José Luis Gómez Tello.
Madrid.



598.—Montserrat Francés.
Barcelona.



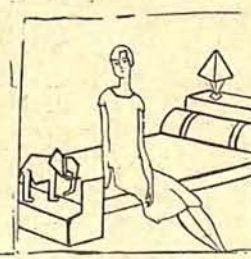
599.—Pepita Francés.
Barcelona.



600.—José Luis Gómez Tello.
Madrid.



601.—Manuel Martínez.
Lorca (Murcia).



602.—Sarita Viñegla.
Madrid.



603.—Diego Salcedo.
Madrid.

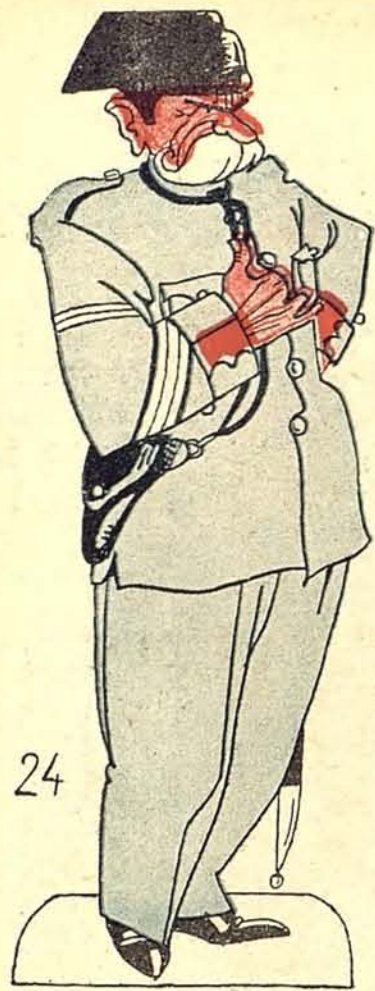


604.—Montserrat Francés.
Barcelona.



605.—Pepita Francés.
Barcelona.

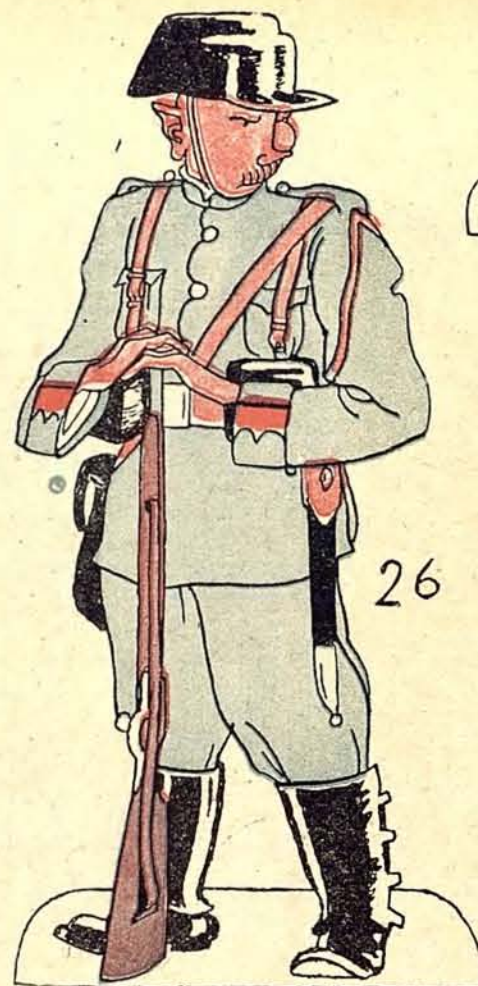
Todo el pueblo de Villaburrillos de Trapo



24



25



26



27



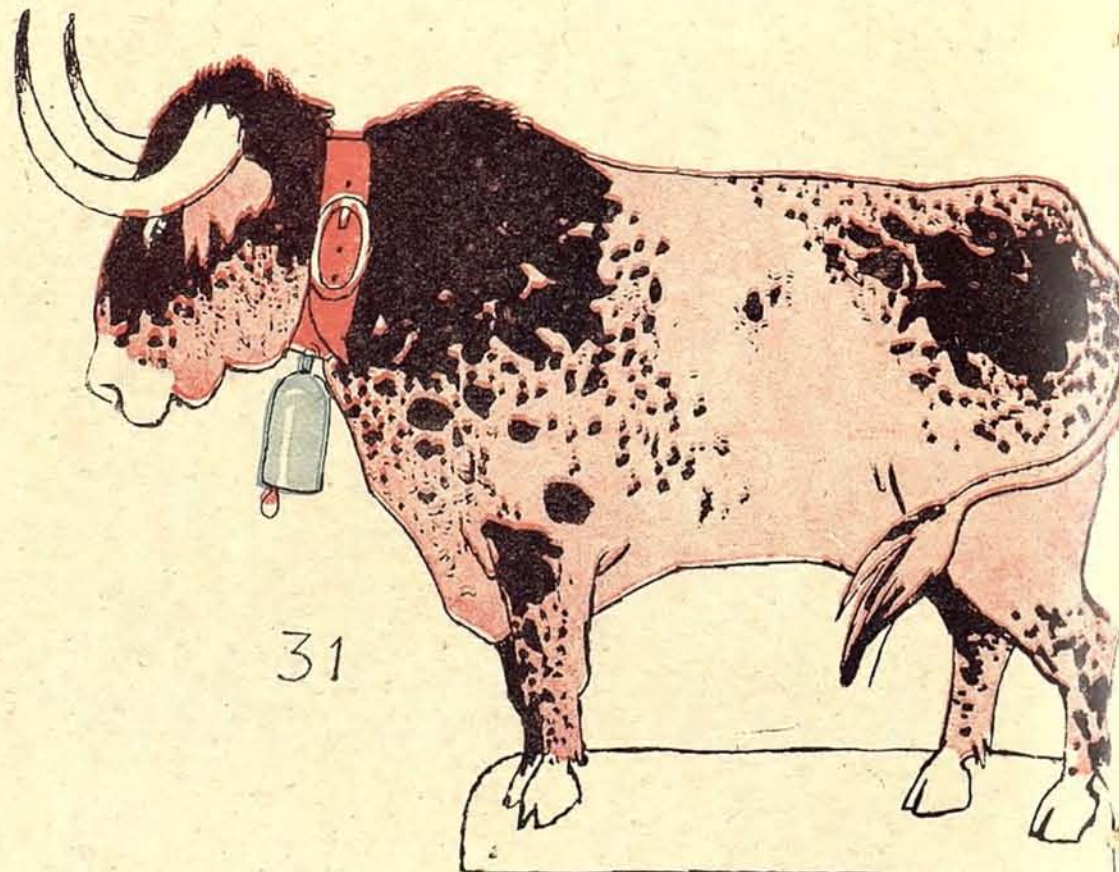
28



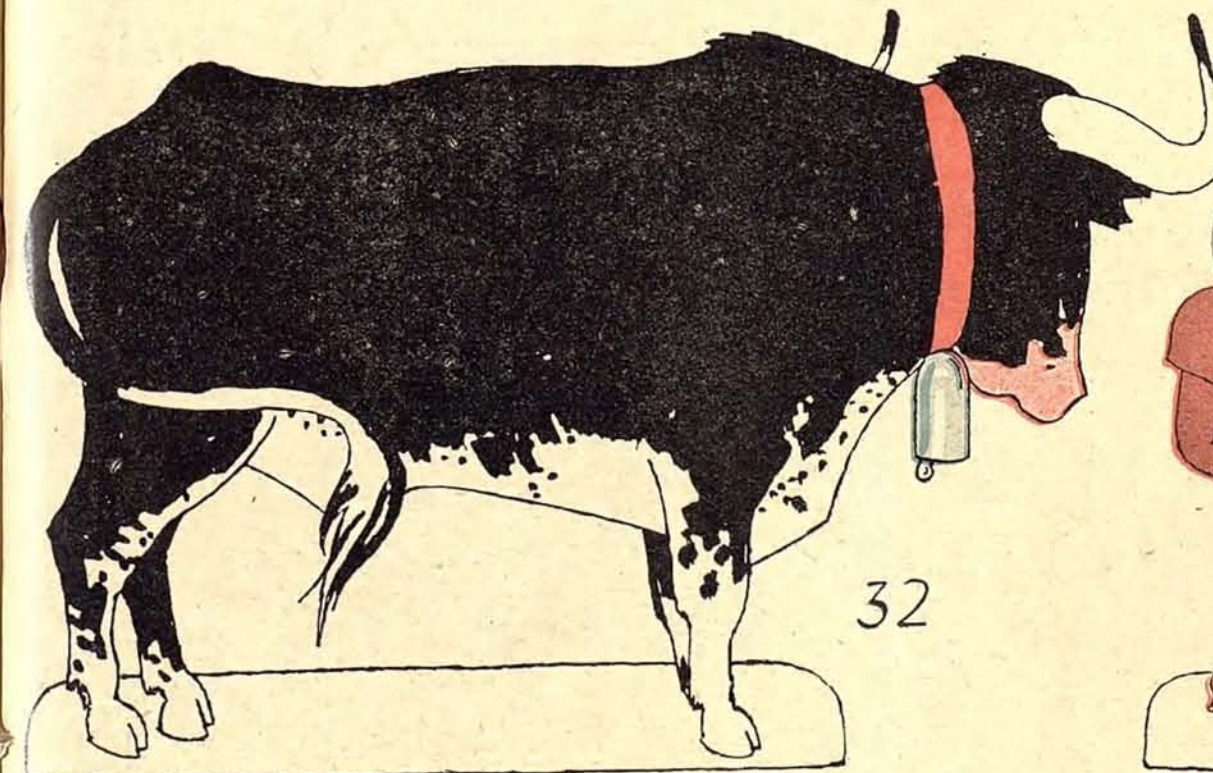
29



30



31



32



33

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 23 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 24 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

PLIEGO VEINTICINCO.—Estamos frente a nuevos elementos importantes villaburrinos.—24. El sargento Napoleón Gómez, de la Guardia civil, que exagera cuando habla de sus hazañas, y un día dijo que cogió él solo a siete ladrones, y a los siete los trajo cogidos de las orejas. Le preguntaron que con qué manos los cogió..., y mandó a calabozo por cinco minutos al guardia que se lo preguntó.—25 y 26. José Maullido y Esteban Colmo, que un día dieron un tiro a un poste del telégrafo, porque un gracioso le había puesto un sombrero.—27 y 28. Serafín Perra (tío de Carloto) y el cabo Eusebio Barbaza, que se

cuentan cuentos infantiles cuando van por las carreteras.—29. El doctor Castilla Vieja, que a un chico le sacó una "perra gorda" que se había tragado, y la guardó para recuerdo, a cambio de un duro.—30. Casimiro el Bello, carretero, que a sus bueyes les da los domingos un cubo de agua con el azúcar que le sobra del café.—31. Ratoncito, que en su juventud tiró una casa de dos pisos a cornadas.—32. Chaleco, que se pone de manos para coger la fruta de los árboles.—33. El carretero Amadeo Pelillo, que lleva tantos años ya, que por el peso conoce para quién son las cartas. (Dibujos de Durán.)

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 25 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

CUPON para enviar un di- bujo

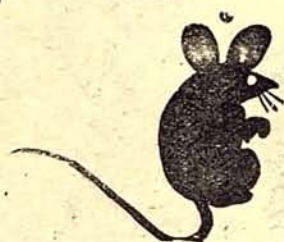
No se remita sin saber bien las condiciones del concurso.

Hoy sale



Cosmópolis

Cosmópolis



sale hoy

LA REVISTA DE LUJO, LA REVISTA DEL ARTE, LA REVISTA DE
LA MODA, LA REVISTA DE LA AMENIDAD, LA REVISTA DE LA
:: :: LITERATURA, LA REVISTA DE LAS FOTOGRAFÍAS :: ::

PRECIOSA SECCIÓN DE NIÑOS CON UN CUENTO, DOS CURIOSIDA-
:: :: :: DES, TRES CHISTES Y CUATRO DIBUJOS :: :: ::

HOY PRESENTA MAGNÍFICA INFORMACIÓN DE LAS CARRERAS DE CABALLOS
CON UNA BELLA COLECCIÓN DE GRABADOS EN COLOR

UNA peseta

Revista mensual

EL ALMANAQUE DE el perro, el ratón y el gato...

Será el juguete más entretenido que podéis regalar a un niño

Los mejores cuentos
y los mejores muñecos

:: :: recortables :: ::

:: :: Divertidas lecturas :: ::

ALEGRÍA



Muchas historietas y mu-

:: :: chos colorines :: ::

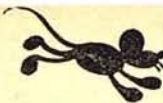
El juego de Don Caperuzo

:: :: Encarnado :: ::

ALEGRÍA

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



VOSOTROS sabéis ya lo que es *metamorfosis*? Se llama *metamorfosis* a los cambios de forma. Los hombres sufren una metamorfosis lenta, aunque no sea más que porque de niños sois un poco cabezotas.

Pues bien; los insectos sufren grandes metamorfosis. Algunos, no: por ejemplo, el saltamontes, la cucaracha, la chinche y el grillo. Estos, de chicos y de mayores se parecen bastante. Pero en cambio las mariposas, las moscas, las abejas, las hormigas y otros, varían una enormidad.

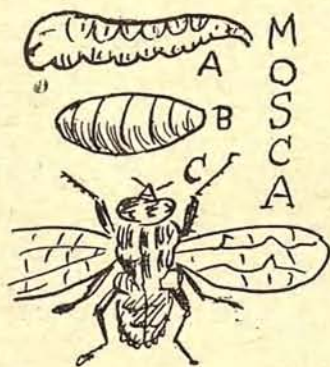
Estudiamos las mariposas, que al salir del huevo son sólo unos gusanitos de unos tres milímetros de largo, que comen mucho y crecen hasta ser esas orugas tan conocidas, y que en nada se parecen a las madres. Por ejemplo, no tienen alas ni esos colores bellos, ni esos polvillos que cubre a las mariposas.

Las mariposas tienen dos ojos, cada uno compuesto de muchos oíitos pequeñísimos, y la oruga sólo unos cuantos ojillos de estos. Y las mariposas comen absorbiendo con un espiral el néctar de las flores, y las orugas tienen boca con unas especies de dientes diminutos.

Pero lo curioso es que antes de transformarse en mariposa la oruga se hace *crisálida*, metamorfosis que la deja quieta el tiempo necesario.

Los chiquillos suelen ver estas transformaciones en la mariposa de seda, que ponen unos cien huevos en primavera, y nacen las oruguitas en la primavera siguiente. Comen y crecen, y cuando la piel no les deja crecer más, se están muy quietas un día, y esa piel se les cae. Y ¡a comer hoja de morera otra vez!... Tanto comen que al mes pesan cerca de 10.000 veces más que cuando nacieron.

Luego buscan una ramita, empiezan a echar una especie de baba, que se endurece al contacto del aire (y que es la seda), y se hace en tres días un capullo donde se transforma de oruga en crisálida y de crisálida en mariposa; que por cierto al poco de nacer pone los huevos, y muere al poco tiempo.



La mosca antipática hace igual: pone huevos en la basura. Luego nace una *larva*, que es como un gusanito chiquitín y casi sin forma, y en pocos días crece y se convierte en un tonelete sin movimiento, que se llama *pupa*, parecida a la época en que la mariposa es crisálida.

Tiene la pupa como medio centímetro, y está entre la basura. Por eso, casi nadie ha visto la niñez repugnante de la mosca. A los pocos días se hace insecto perfecto.

Cacerolo Reptil.

El profesor.—Pero, hombre... ¿No va usted a decirnos nada del año 1771?

El alumno.—Pues... pues...

—Serénese y medite.

—¡Ah! Sí, señor: que era capicúa.

El naturalista

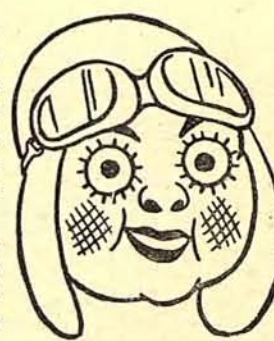
QUE yo cojo mi aeroplano *Españita* y me voy de viaje cuando puedo, eso ya lo saben mis lectorcitos. Y que yo tenía muchas ganas de conocer Bilbao, si no lo saben, deben suponérselo.

Por eso me fuí a la gran ciudad del norte el otro día; por cierto que en el camino me siguieron dos golondrinas que se entretenían en meterme su pitido en los oídos con verdadera audacia.

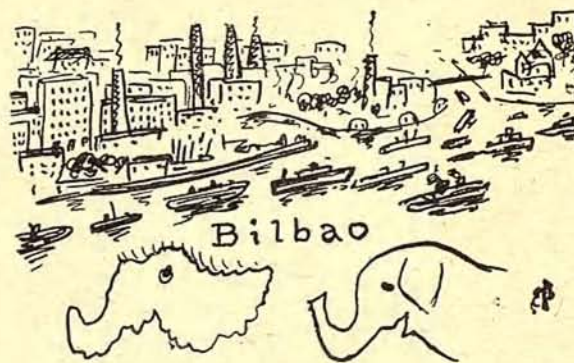
¡Magnífica ciudad es Bilbao! Yo creo que al irse acercando a ella poco a poco, tal vez sea la que da más sensación de ciudad febril, moderna, un poco norteamericana, en lo que esto tiene de elogio.

Descendí del aparato y me puse de charla con un chiquillo fuerte, que venía sofocado.

—¿Qué te pasa?



El botón del aire



Bilbao, la magnífica ciudad del norte.

—Que vengo de jugar a la pelota. Ya sabes que los vizcaínos somos muy aficionados a este deporte. De la provincia de Vizcaya, cuya capital es Bilbao, han salido pelotaris para celebrar partidos en el mundo entero: hasta en el Japón y América.

—Esta es gran ciudad, ¿verdad?

—Hombre... es la mía, y no debo decirlo. Yo creo que sí. Tiene más de 100.000 habitantes, y crece de un modo imponente. Cada día se le unen más pueblos y fábricas que estaban apartados, porque resulta que ahora edifican entre ellos y Bilbao.

—Es pueblo antiguo, ¿verdad?

—Mucho. Además, ha sabido ser noble para conservar sus leyes especiales, clásicas: sus privilegios. Y sin embargo, es modernísima también. Tienes que ver sus calles, edificios, paseos y parques. ¡Qué parque tan magnífico y moderno! Posee *clubs* deportivos de gran renombre, porque es ciudad rica que sabe vivir. Su clima es magnífico durante seis o siete meses del año, y únicamente molesta algo el *siri-miri*, o lluvia menuda, muy característica de aquí.

—Dime edificios.

—Modernos: Universidad de Deusto, Avuntamiento, Diputación, Hospital, Universidades Comercial y de Derecho y los numerosos y bien dotados grupos de Escuelas, que son nuestro orgullo, amigo. Y edificios antiguos: la preciosa iglesia de Santiago (siglo xv), San Antón o Castillo. San Juan, San Vicente de Abando (xii), San Nicolás, con obra de Mena; antiguo Hospital, hoy Museo, y otros muchos.

—¿Me dices los pueblos y la forma?

—¿Forma? La de un elefante. Pueblos: Guernica, famoso por su árbol donde se reunían los diputados..., y estos otros, que recuerdas con esta frase: "Por tu rostro va al mar de hule", pero que hay que decir así: "Portu rostro val mar du le". Y significa: Portugalete, Somorrostro, Valmaseda, Marquina, Durango y Lekeitio. Y nada más.

Botón del Aire.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

El pulpo tiene memoria

CUENTO, por ANTONIO ROBLES

Ya sabéis que el mar de cuando en cuando baja, y de cuando en cuando sube ¿verdad?

Pues bien, una de las veces que bajó, quedaron tumbados al sol perezosamente sobre la playa un pulpo, un lenguado y una sardina.

La sardina contó que una vez la pescaron, la metieron en una lata con aceite y cuando destaparon la lata salió dando coletazos, poniendo a todos perdidos, y a brincos se volvió al mar.

El lenguado dijo que también a él le habían pescado, y que logró escapar por debajo de la puerta; porque para eso es así de estrechito.

El pulpo, en cambio, no decía nada; guardaba silencio.

—¿Es que usted no ha vivido nunca una anécdota?—le preguntó la sardina.

Entonces el pulpo exclamó:

—Cuenta mis brazos

—Uno, dos tres, cuatro, cinco y seis...

¿No tienen que ser ocho?

—Naturalmente; pero es que yo soy manco.

—¿Y cómo es eso?

—Mi historia es muy larga, pero, en fin, os la contaré. Pensando en que tenía ganas de aventuras y de vivir la

vida, hice una cosa que los hombres hacen con el agua que han puesto a la lumbre para afeitarse; pero yo lo hacía al revés. Ellos meten el dedito en el cacharro y yo lo que hacía era sacar la punta de un tentáculo al aire. Y como hacía frío, esperé un par de meses.

En mayo volví a sacar el brazo a la superficie... y entonces sí que estaba agradable y suave el aire; así es que decidí salir de viaje. Para eso me cogí a los flotadores de un hidro, que al momento emprendió un viaje trasatlántico.

Yo tenía entonces mis ocho brazos, a los que llamaba *manolo*, *esteban*, el desgraciado *abelardo*, *carlitos*, *juan-luis*, *ramoncito*, *eliseo* y el pobre *pepito*.

Los más fuertes son *manolo* y *esteban*, y eran los tentáculos con que iba agarrado al hidro. Y como *pepito* era el más listo, era también el que cazaba pájaros al vuelo; ricas palomas, sobre todo, para mi alimentación.

Llegué a puerto, salté a tierra y busqué trabajo, porque la vida es así: aquí el que no trabaja no come, y es muy justo.

En el barrio de pescadores había fiesta, y me tomaron para rematar y adornar un *tío vivo* de ocho brazos. Mi ca-

beza estaba arriba, bien en el centro, y mis ocho tentáculos bajaban por el toldo hasta los hierros que caían y de los que colgaban caballos, cerdos y barcas.

Pero esta profesión era mareante y dimití. Entonces tuve una época de cesante. Me pasaba el día con los brazos cruzados. Y como son ocho brazos a cruzarse, mi cabeza parecía un huevo grande en un nido.

Me vió hambriento el director de una banda de música, y me dió empleo: me ponía sobre un velador, en el centro, y me encargaba de pasar los papeles a sus ocho músicos.

Aprendí música, y me hice una orquestita para trabajar por mi cuenta. Con dos tentáculos tocaba la guitarra; con otros dos el violín; otros dos empleaba en la flauta, y los dos restantes en los platillos.

Me parece que era aprovechar bien mis ocho extremidades, ¿verdad?

Los chicos se entusiasmaban oyéndome y sobre todo viéndome. Y yo también aprendí de los chicos, ya que un día vi a unas niñas que jugaban a eso de echar al aire piedrecitas y coger una al mismo tiempo, y entonces compré treinta platos de cartón de confitería, y ensayé el echar el aire y recoger los platillos.

Luego los hacía con los de porcelana. Mi *carlos* era el más torpón para esto, pero aprendió, y se los echaban los ocho como una preciosa fuente con surtidores.

Gané algún dinero. Pero hay épocas en que no se encuentran contratos, por nada del mundo, y tenía que estar en una casa de huéspedes muy barata, donde apenas me daban de comer. Y eso que era mesa redonda de ocho comensales, y yo me ponía en medio para que todos dieran a mis brazos lo que les sobraba.

Un día se me ocurrió meter al lindo *pepito* por debajo de la puerta de la despensa, para que buscara alguna cosilla. Pero lo hice con tan mala fortuna que encontró un cachito de tocino... ¡y era de un cepo!...

Me hirió, se me encontró la herida, se inflaba mi tentáculo como una gaita de goma, de esas de feria..., y estalló.

Así perdí un brazo.

Me emplearon luego en una oficina donde probaron antes las variadas le-



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

para contarnos su historia

DIBUJOS de DON TONINO

tras de mis tentáculos, prohibiéndome el jefe que escribiera con *esteban*, porque para eso es muy brutote, y hasta pone *haber* sin *h* y *ojos* con ella. Yo no he visto nunca brazo que ponga más faltas de ortografía. ¿Por qué no aprenderá de los otros?...

En cambio mi *abelardo*, y aquí viene lo terrible, hacía tan bellas mayúsculas, con adornos tan maravillosos, que el jefe me regaló para él un lindo reloj de pulsera.

Nunca se lo hubiera regalado. Los demás sintieron tal envidia, que un día en que yo estaba tumbado bien a mi gusto, como una estrella, sobre la hierba del campo, y me había dormido profundamente, fueron dos o tres tentáculos, urgaron en un agujero, y cuando salió el alacrán cogieron al desgraciado *abelardo* y a la fuerza le llevaron a que le picara.

Y le picó, y se me puso hinchado como el otro, pero con más dolores. Como que no aguardé a que estallara, porque además parecía que la hinchazón se iba corriendo mi cabeza.

Mas, ¿cómo cortarme el brazo?... Lo pensé mucho; lo pensé rascándome la cabeza con *juan-luis* y poniéndome como un dedo en la frente, que era la punta de *ramoncito*.

Llegó la idea. Hacía viento; abrí una ventana, abrí la puerta, puse el brazo, vino el aire corriente, cerró de golpe la puerta..., y así casi se me desprendió el tentáculo enfermo. Clavé lo que quedaba en un árbol y empecé a andar, andar, andar... Al principio se estiraba como las gomas de un tirador y como eso que llaman goma de mascar. Pero al fin se soltó... y allá quedó mi *abelardo*, mientras yo era dos veces el Cervantes de los pulpos, no por lo de escritor, sino por lo de manco.

Le despojé del reloj y lo quise rifar entre los tentáculos a eso de *pinto, pinto, gorgorito, vendo las vacas a veinticinco*... Pero me faltaba un brazo que lo hiciera, porque estos seis que me quedaban querían entrar en suerte.

Lo rifó la niña de mi portera a costa de poner su mano izquierda..., y fué y le tocó a ella. Por un lado, casi, casi me alegré; porque si empiezan a pincharme los alacranes de la envidia, me quedo sin tentáculos.

Después estuve loco de remate una temporada, porque un gato de una casa de huéspedes me preguntó que cuál era mi brazo derecho. Quise contestarle, pero, si le decía que era uno, siempre encontraba otro más a la derecha, y otro, y otro, y otro..., y así daba doce vueltas a mis tentáculos con la imaginación, hasta que acabé en demente.

Me llevaron a un manicomio... y lo gré escapar. ¿Que cómo? Pues veréis. Dicen que algunos presos hacen jirones las sábanas, las atan y se descuelgan por ellas ¿no es así? Pues eso hice yo; me corté los brazos con una hoja de afeitar; sólo me dejé a *eliseo*. Los até unos con otros, los estiré bien antes de lanzarlos... y descendí en una noche sin luna.

Me los pegué luego, porque todavía tenían húmedo el corte, y tan divina-mente.

Estaba ya harto de la vida en tierra; triste por la falta de mis dos brazos y débil mi cabeza por mi enfermedad cerebral. Por eso decidí volver al mar.

Para venir me subí a un palo del telégrafo; y cuando me dí cuenta de que pasaba un telegrama para el puer-

to de Villapapel de los Sobres, le seguí corriendo; pero corriendo como esos monos que llaman *perezosos*, que van colgados de las ramas, tripa arriba, y así corren veloces.

Y aquí me tenéis de vuelta. No me traje más recuerdo que una caja de cerillas para ver bien en el fondo, y yo no sé de que son que no logro encender ni una. Como que mi mujer tiene que prender la lumbre con el reflejo de alguna estrellita brillante...

* * *

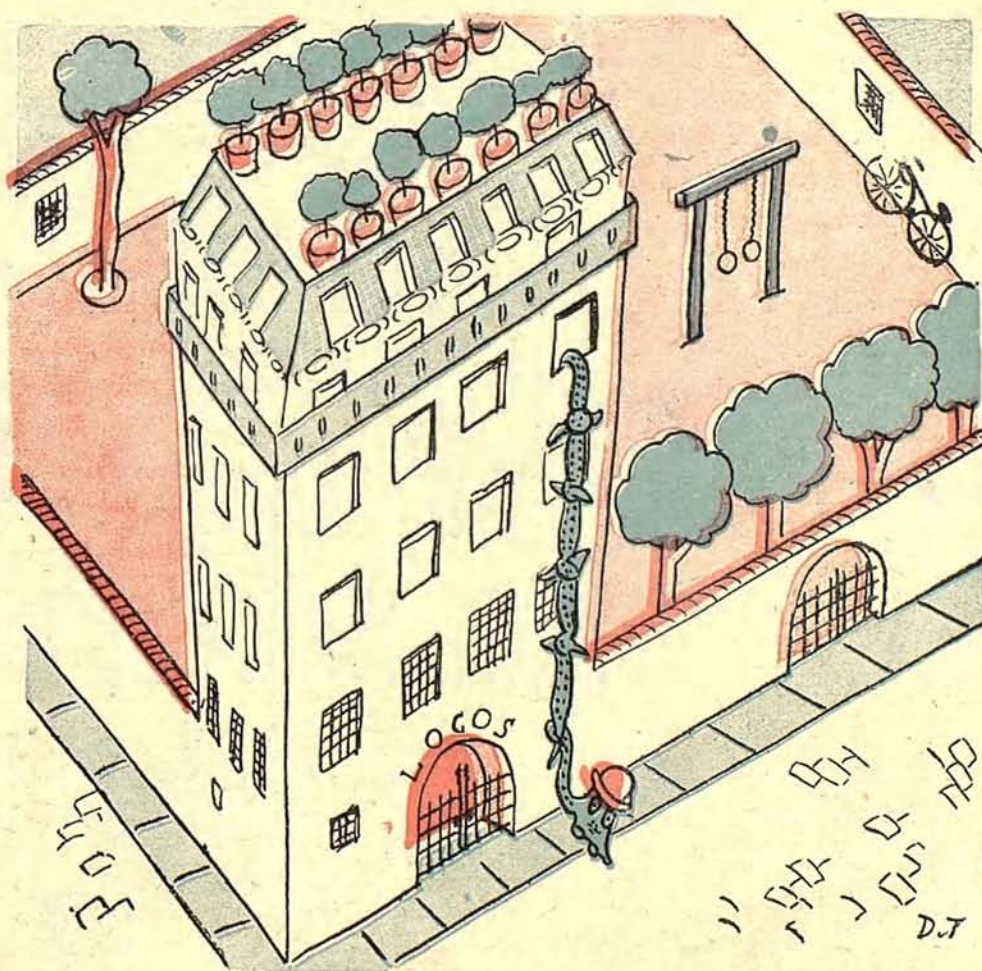
Cuando el pulpo terminó su historia, la sardina dijo:

—Toda mi felicidad sería tener un par de brazos, aunque no fuera más que para hacerme luego unos bolsillitos donde meter las manos, como los hombres.

Y el lenguado añadió:

—Si yo tuviera ocho brazos ¡qué jotas iba a bailar!...

El pulpo se echó a reír con aire superior, como diciendo: "¡Qué sabréis vosotros lo que es tener brazos!"...



el perro,
el ratón y
el gato...

Los domingos de Chin y Bely



Con el día tan espantoso que hizo el domingo en el pueblo donde reside *Bely*, es muy natural que sus tíos no la dejaran salir de casa.

—¡Nada, nada, cariño! Hoy no sales. Está lloviendo de un modo espantoso y te vas a calar.

Bely lo sintió mucho, pero obedeció, como siempre hacía. Se lo dijo a la muñeca *Chin* y la muñeca respondió:

—Podemos jugar con los tiestos de la ventana, ¿te parece?

—Muy bien. Y si quiere entrar algún gorrión, que entre...

Como es natural, los tiestos de la ventana también hablaban los domingos, igual que las flores y los bichos del campo.

Bely se asomó a la ventana con un paraguas, y exclamó:

—¡Pajaritos! El que quiera venir a jugar, que venga...

De los árboles de la calle salieron seis, y los seis entraron. Se colocaron sobre el armario y en los respaldos de las sillas.

La niña entonces metió los siete tiestos... y a jugar. Primero jugaron a la gallina ciega. Se quedaban *Chin*, *Bely* o uno de los pajaritos con los ojos tapados. Las siete macetas formaban el corro.

Después de dar unas vueltas el que se quedara, tenía que acercarse a un tiesto, y adivinar cuál era. Para eso *Bely* había escrito antes con lápiz en los cascos de barro: *José María, Juan José, Pepe Luis, Pepe Manuel, Pepito, José Antonio y don José*.

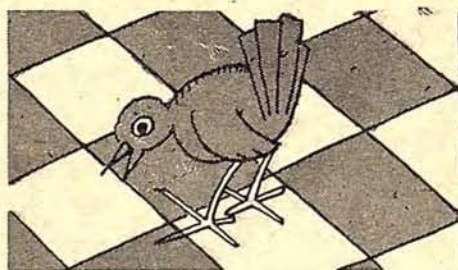
El que no lo adivinara, dejaba una prenda: una sortija o una plumita; y si acertaba, era la planta la que tenía que entregar una hoja por prenda.

Terminado el juego, los tiestos, la muñeca, los pájaros y la niña hicieron un corro; se sacaba una prenda, apartaban al que se quedaba y le ponían adivinanzas.

Recuerdo que le pusieron una a un pájaro, que decía:

—“Tiene muchos colorines y hay en él un animal tuerto.”

—EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO...
—respondió el pajarito inmediatamente.



Luego jugaron a la comba. Como los tiestos no se pueden mover de su sitio, eran los que daban, atándose a sus fuertes ramas la cuerda.

Bely y la muñeca saltaban a la comba maravillosamente, y los pajarillos saltaban luego a ese juego en que se dice: “Al pasar la barca, me dijo el barquero...”.

Los tiestos estaban muy contentos; las flores no hacían más que reír. Pero de cuando en cuando decían:

—¡Qué lástima que nosotras no podamos ser libres como vosotros! Poder volar, o por lo menos correr, sería nuestra ilusión.

—Correréis—dijo *Chin*. Y trajo uno de sus juguetes, que era un carrito de la basura, y todos los tiestos, uno por uno, corrieron en él que daba alegría verlos. Hasta cerraban los ojos por la emoción en la vuelta.

Con estos juegos se pasó la tarde, hasta que los gorriones dijeron:

—Bueno, nosotros nos tenemos que ir. Y se fueron y se acabó por hoy la fiesta.

Por cierto que, como recuerdo, *Bely* regaló a *Chin* un pájaro mecánico que picaba en el suelo.—*Tinita*.

el perro,
el ratón y
el gato...

—Bah!, no puede vencer a Garey—exclamó un ter-
cero.
Entonces vimos llenos de asombro que la joven se
quitó su tocado de plumas, se colocó la calabaza sobre la
cabeza y después cruzó las manos sobre su seno, perma-
neciendo delante de nosotros tan tranquila e inmóvil
como si estuviera escupidá en el árbol.
Los espectadores lanzaron un murmullo.
Iba el indio a levantar su rifle para apuntar, cuando
se adelantó un hombre precipitadamente para impedir-
selo. Era Garey.
—No, no tires!—exclamó, asiendo el rifle por el ca-
ñón; me ha engañado, esto es muy claro; pero no que-
ro ver a la mujer que me ha amado, o que, por lo menos,
me lo ha dicho, expuesta a semejante peligro. ¡No! Bill
Garey no es hombre que se preste a presenciarlo.
—¿Qué significa esto?—exclamó el indio con voz de
trueno—. ¿Quién se atreve a interrumpirme?
—Yo me atrevo—contestó Garey—. Es vuestra, lo su-
pongo; podéis llevarosla donde queráis, y llevaros esto
también—continuó arrancando de su cuello la bordada
bolsa para la pipa, y arrojándola a los pies del indio;
pero no disparéis contra ella mientras yo esté aquí.
—¿Qué derecho tenéis para interrumpirme? Mi herma-
na nada teme, y...
—¿Vuestra "hermana"?
—Sí, mi hermana.
—¿Aquella joven es vuestra hermana?—preguntó con
ansiedad Garey, cuyos ademanes y expresión de su cara
cambiaron de repente.
—Os he dicho que sí.
—Entonces, ¿sois el Sol?
—Sí.
—Os pido mil perdones, pero...
—Os perdono; dejadme proseguir.
—¡Oh, no lo hagáis! Es vuestra hermana, y por con-
siguiente, tenéis el derecho de hacerlo; pero no es nece-
sario. Ya tengo noticias de vuestra puntería, y me con-
fieso vencido por vos. Por Dios os ruego que no os aven-
turéis, haciedo por el cariño que la profesáis.

—No corre el menor riesgo; ahora la veréis.
—¡No, no! Si os empeñáis, dejadme a mí—balbuceó el
cazador en tono de ruego.
—¡Ea! Bill Garey! ¿A qué viene todo eso?—pregun-
tó Ruben acercándose—. Vamos, hombre, dejáenos ver esa
muestra de su destreza, de la cual ya tengo noticia. Nada
temas, loco, que lo haré pronto y bien.
Al mismo tiempo que decía el viejo trampero estas pa-
labras pasó su brazo alrededor del de su camarada y le
hizo apartar a un lado.
La india, entretanto, había permanecido tranquila, sin
que, al parecer, se hubiera enterado del motivo de la in-
terrupción. Garey la había vuelto la espalda todo el tiem-
po; estaban distantes y hacia dos años que no se veían;
tres circunstancias que se habían reunido entonces para
que no la reconociera.
Antes que Garey estuviera en disposición de volver a
interponer su persona, el indio había elevado su rifle y lo
apoyó en su hombro. Tenía el dedo puesto en el gatillo y
dirigía la vista por el punto de mira; era imposible volver
a intervenir. El intento podría acarrear un resultado fa-
tal. Vaciló así el cazador y lo comprendió, por lo cual se
contuvo y esperó palpitante y en silencio.
Aquel fue un momento terrible para todos nosotros, un
momento de la más intensa emoción. El silencio era pro-
fundo; los alientos parecían suspendidos; todas las mira-
das estaban fijas en aquel objeto amarillo, que como he-
dicho ya, no era mayor que una naranja, y en nuestro in-
terior exclamábamos:
—¡Cielos!, ¡cuándo partirá la bala!
Tanta era nuestra ansiedad por salir en seguida de aquel
estado de suspensión y de duda.
Partió la bala por fin. La llamada, el disparo, el to-
rrrente de fuego, el vitorear salvaje, el precipitarse hacia
adelante, fueron simultáneos en el campamento.
Hablamos visto volar en pedazos la calabaza y que la
joven continuaba de pie; se había salvado.
Me eché a correr en unión de los demás. Cegóme el
humo por un momento, y entonces oí las penetrantes

los cazadores—. ¡Vas a dar en el blanco que pondrás so-
bre tu cabeza!

—Aguardad un poco, y veréis—contestó Ruben acer-
cándose a un árbol, en el cual estaba apoyado un rifle
largo y pesado, que limpió cuidadosamente.

La atención de todos los presentes se fijó en las ma-
niobras del viejo trampero. Haciéndose conjeturas so-
bre sus designios, preguntándose todos qué pensaba ha-
cer para eclipsar lo que acabábamos de ver, pero nadie
podía adivinarlo.

—Voy a vencerle—continuó diciendo mientras carga-
ba su arma—, y si no lo hago, podéis cortarme el dedo
pequeño de la mano derecha.

Otra carcajada siguió a estas palabras, porque todo el
mundo vió que el dedo citado era el que le faltaba.

—Sí—continuó Ruben, mirando a todos los que le ro-
deaban—; arrancadme la cabellera si no lo hago.

Esta última observación renovó la hilaridad de todos,
porque aunque la gorra de piel de gato cubría perfecta-
mente su cabeza, ninguno ignoraba que el viejo Ruben
había sido privado de aquel adorno.

—¿Cómo vas a hacerlo? Dínoslo, viejo Ruben.

—¿Veis esto?—dijo el trampero enseñando un fruto
pequeño de "captus pitakaya", que acababa de coger y
de privar de sus púas.

—Sí, sí—exclamaron varias voces contestándole.

—¿Lo habéis visto ya? Pues bien, no me negaréis que
es la mitad del tamaño de la calabaza del indio. ¿No es
cierto?

—Sí; cualquiera puede asegurarlo, si no es un ciego.

—Bien; pues supongamos que doy en su centro a se-
senta yardas de distancia.

—¡Bah!—exclamaron varios, haciendo ademanes de
incredulidad.

—Ponla en la punta de un palo, y cualquiera de nos-
otros hará otro tanto—dijo uno—; hasta el mismo Bar-
ney la acertará con su antiguo mosquete. ¿No es ver-
dad, Barney, que te atreves a hacerlo?

—Podemos ensayar, si queréis—contestó un hombre-
cito que se apoyaba en un mosquete, y cuyo traje con-

Un pequeño convólculo, conocido con el nombre de
"calabaza de la pradera", yacía a sus pies. Su forma era
esférica; su tamaño, el de una naranja, a la cual se ase-
mejaba también en el color. Lo levantó del suelo, lo exa-
minó con el mayor cuidado, y lo sostuvo en su mano
como si estuviera calculando su peso.

¿Qué pensaba hacer con él? ¿Arrojarlo al aire y atra-
versarlo con una bala?

Todos observamos sus movimientos guardando silencio.
La mayor parte de los cazadores de cabelleras, unos se-
senta o setenta, se hallaban allí reunidos; solamente Se-
guin, con el doctor y unos cuantos hombres más, estaba
ocupado a alguna distancia de aquel sitio en levantar
una tienda.

Garey esperaba a un lado, envanecido, aunque ligera-
mente, con el triunfo que acababa de conseguir, pero no
estaba exento de algún sentimiento temeroso de que
aun podía ser vencido por su contrincante. En cuanto
al viejo Ruben, se había vuelto otra vez a su sitio junto
a la hoguera y se ocupaba en asar otra costilla de ciervo.

La calabaza pareció que satisfacía al indio para el ob-
jeto que se proponía. Este llevaba suspendido sobre el
pecho un hueso, sin duda de águila, curiosamente traba-
jado y con algunos agujeros, como si fuera un instru-
mento músico. Lo era en efecto.

Se lo llevó a los labios, cubriendo los agujeros con sus
dedos, y arrancó de él tres notas extrañas, altas y muy
agudas. Después volvió a dejar caer el instrumento y di-
rigió su mirada hacia el Este.

Los ojos de todos se volvieron en la misma dirección.
Los cazadores, que estaban bajo la influencia de una cu-
riosidad misteriosa, permanecieron silenciosos, o se ha-
blaron en voz baja.

Como si fuera un eco, aquellas tres notas fueron con-
testadas con una señal parecida. Era claro que el indio
tenía un camarada en los bosques, aunque ninguno de
los presentes, excepto Ruben, sabían nada de él ni de
su camarada.

—¡Eh, muchachos!—exclamó el viejo trampero miran-
do a sus compañeros:—apuesto esta costilla contra un

luchas con sus morenas mejillas, dándole un colorido que se observaba en las cuarteronas de las Antillas. Era una niña, aunque con el desarrollo de una mujer: un tipo de salvaje belleza. Al ir aproximándose, los hombres lanzaron un murmullo de admiración. Hay corazones que palpitan bajo las blusas, que rara vez se dignan soñar con los encantos de una mujer. En aquel momento me llamó la atención el aspecto que presentaba el joven trampero Carey. La expresión de triunfo había desaparecido, la sangre había abandonado sus rostros, sus labios se habían tornado blancos y estaban comprimidos, y bajo sus ojos se había pintado un círculo oscuro. Estos expresaban la cólera, a la que se mezclaba otra pasión: los celos. Se había ocultado tras uno de sus camaradas, como si fuera su deseo que no le vieran. Una de sus manos jugaba involuntariamente con el mango de su cuchillo, y con la otra oprimía el cañón de su rifle, como si quisiera aplastarlo entre sus dedos. La joven llegó hasta donde estaba el indio, el cual la dio la calabaza, y después pronunció algunas palabras en una lengua que era desconocida para mí. La india cogió el fruto sin contestar y se alejó, dirigiéndose al sitio donde se había parado Ruben, hacia el cual le había señalado su compañero. Al llegar al árbol se paró, volviéndose hacia los circunstantes como había hecho el viejo trampero. Había algo tan dramático, tan teatral en todos aquellos procedimientos, que hasta aquel momento habíamos todos esperado el desenlace en silencio. Pero ya que sabíamos cual iba a ser, los espectadores empezamos a hablar. —Va a disparar a la calabaza, que sostendrá la mucha-cha en su mano—dijo un cazador. —Cosa que después de todo no tiene mucho mérito—añadió otro encogíendose de hombros. Esta era la opinión de la mayor parte de los hombres que se encontraban allí.

Estas palabras quedaron sin contestación, y continuamos mirando con la mayor atención hacia el bosque para presenciar la expresada llegada.

Se oyó un roce de ramas, como si alguno atravesara el matorral; después un paso ligero, y por fin apareció entre las hojas un objeto brillante. No nos cabía duda que se acercaba alguien pasando por los arbustos. Era una mujer.

Una joven india, adornada con un traje singular y pintoresco, apareció ante nuestros asombrados ojos.

Salió del matorral y se aproximó sin vacilar adonde estaban reunidas las gentes. Todas las miradas se fijaron en ella con expresión admirada al ver su rostro, su aspecto y el traje que llevaba.

Esta manera de vestir no se diferenciaba de la de los indios; al contrario, tenía muchos puntos de contacto con ésta. La túnica que la cubría era de un material mucho más fino, de piel de cervato. Estaba adornada con púas de puercoespin hendidas por su centro y teñidas de colores vivos. La falda caía hasta la mitad del muslo, terminando con una franja de conchas que sonaban conforme se movía.

Polainas de paño encarnado cubrían sus piernas y las adornaba también en su parte posterior una franja como la de la túnica, llegando la inferior hasta sus sandalias, que eran blancas, bordadas y perfectamente ajustadas a sus pequeños pies.

Un cinturón ajustaba la túnica a su cuerpo, haciendo resaltar las ondulaciones desarrolladas de su persona. El adorno de su cabeza se parecía al del indio, su compañero, aunque más pequeño y ligero, y su pelo, como el de éste, caía por sus espaldas y llegaba hasta el suelo. Su garganta y parte de su seno estaban desnudos, pero los cubría cierto número de collares de cuentas de varios colores.

La expresión de su rostro era elevada y noble; sus ojos, un tanto oblicuos, y sus labios perfectamente dibujados.

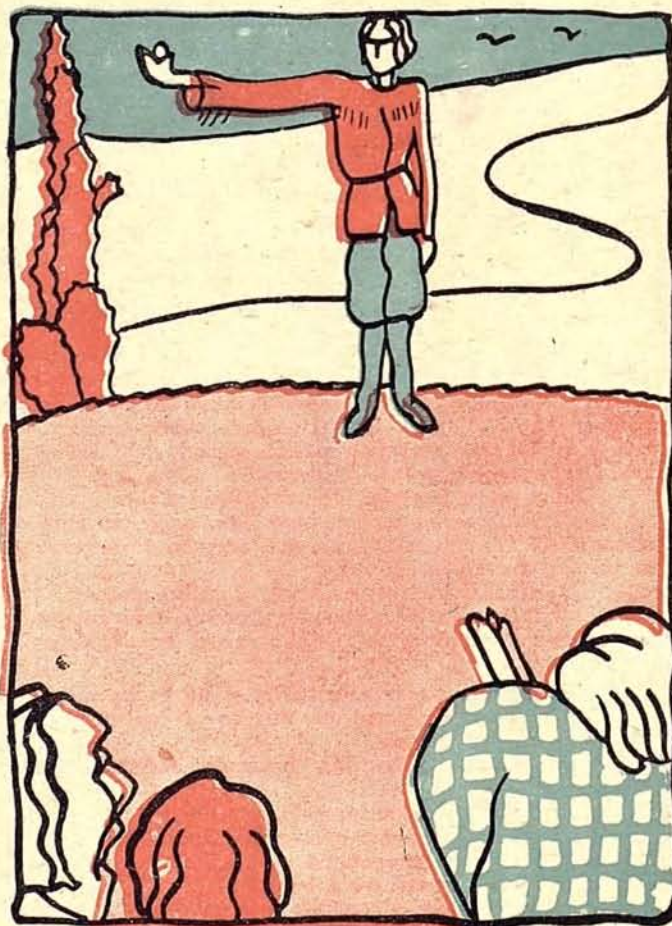
Los incidentes que acababa de presenciar me habían sumido en una especie de meditación, cuando de repente una voz, que reconocí en seguida por la de Ruben, me hizo salir de la abstracción en que me hallaba.

—Escuchad, muchachos: no veréis con mucha frecuencia que el viejo Ruben gasta su pólvora en salvas, pero me propongo convencerlos que tengo mejor puntería que el indio, y si no lo demuestro que me corten las orejas. Una risotada general acogió estas palabras del viejo trampero aludiendo a sus orejas, las cuales, como hemos observado ya, no las tenía y ni siquiera le quedaba la más pequeña porción donde poder emplear el cuchillo. —¿Cómo piensas probarlo, Ruben?—preguntó uno de

Ruben y su esposa

CAPITULO XX

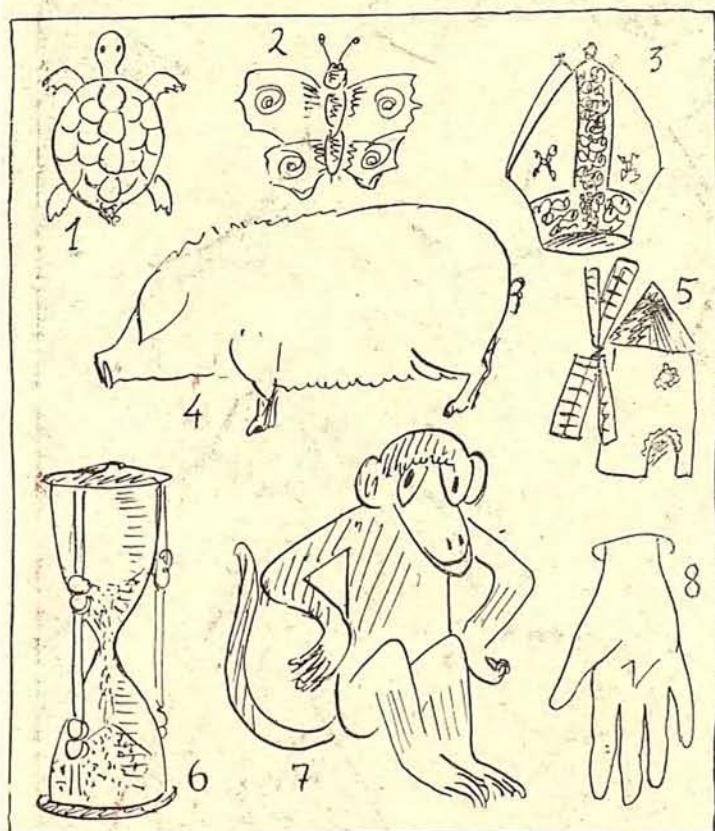
notas del silbato del indio. Cuando volvió a ver, observé que había desaparecido la joven. Corrimos al sitio donde había estado. Desde allí oímos el roce de ramas y ruido de pasos que se alejaban. Sabíamos que era ella, pero, guiados por un instinto de delicadeza, y conociendo que sería contrario al deseo de su hermano, ninguno la siguió. Encontramos los fragmentos de la calabaza espartidos por el suelo, y se veía en ellos la marca del plomo. La bala se había clavado en el árbol y uno de los cazadores se ocupó en sacarla con la punta de su cuchillo. Cuando abandonamos aquel sitio vimos que se había alejado el indio y que estaba hablando con mucha familiaridad con Seguin. También observé que Carey se había parado y que cogía del suelo un objeto brillante. Era la prenda de amor, que volvió a colgar de su cuello con mucho cuidado, dejándola en el mismo sitio que había ocupado antes. En su mirada, y en la manera que tenía de manejarla, se comprendía bien que desde entonces profesaba a aquel recuerdo mayor estimación que nunca.



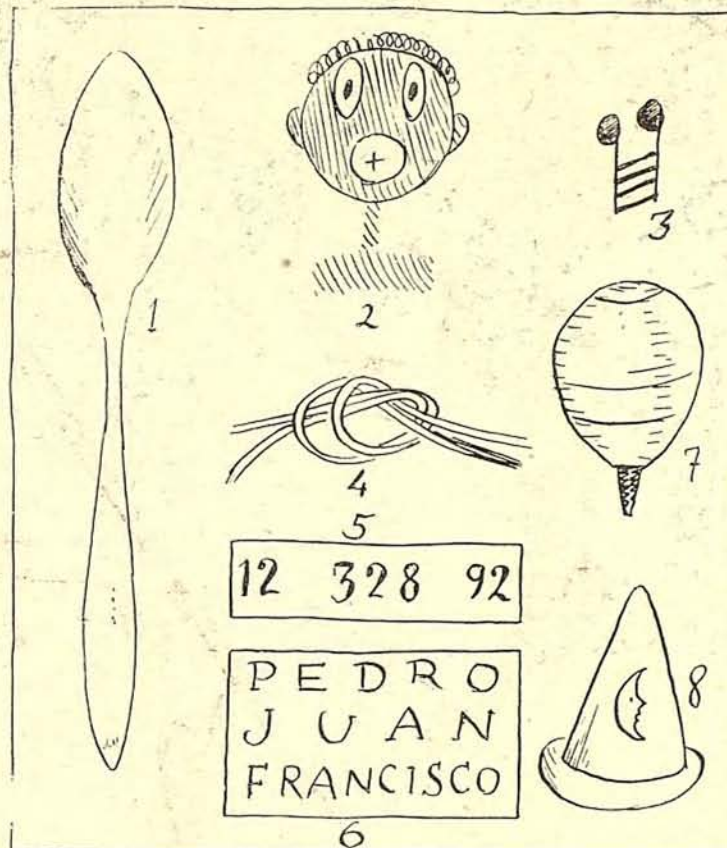
página del gato adivino

PASATIEMPOS DE 24 LETRAS

Y DE 12 VILLACABALLENCES ROTOS



CUADRO NUM. 13: LA M.



CUADRO NUM. 14: LA N.

Averiguar los números de las CINCO cosas que en el cuadro núm. 13 empiezan por M, y los de las CINCO que en el cuadro núm. 14 empiezan por N, y remitirnos las soluciones después de ser publicado el cuadro núm. 24, y junto con los doce villacaballenses rotos que se publican aparte, siempre que se remitan ya compuestos. Premios: Para rifar entre las niñas que acierten, maleta con preciosa y riquísima batería de cocina infantil, armario de labores con un maniquí y dos paquetes de libros. Para los niños, gran caja de soldados de plomo, camión automóvil y dos paquetes de libros. Han de remitirse las 36 soluciones JUNTAS.

Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XXI, XXII y XXIII (Segunda parte), de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"Quiteria es de Basilio y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposición de los cielos".

Búsquense las bases en el número 19, y el cupón en otra página de este número.

Premio único: Una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

L A R A Z A

L A M E J O R R E V I S T A

LAS MEJORES FIRMAS :- LA DE MEJORES

PREMIOS :- LAS MEJORES FOTOGRAFIAS

LA DE MAS ACTUALIDAD :- LA MAS AMENA

LOS JUEVES

40 CTS.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

EL DE LAS PREGUNTAS



(Véase las secciones tituladas "El de las preguntas" y "La persona, el animal y el mueble".)